

# Género, raza y clase en *La sangre, el polvo, la nieve* de Karina Pacheco Medrano\*

Gender, race and class in *La sangre, el polvo, la nieve*  
by Karina Pacheco Medrano

Alejandro Sustí\*\*

## RESUMEN

El artículo examina *La sangre, el polvo, la nieve* (2021), una novela de Karina Pacheco Medrano (Cusco, 1969), desde una perspectiva de género en el marco de la sociedad cusqueña de fines del siglo xix y la primera mitad del xx. En particular, se presta atención “al ejercicio del poder privado basado en la naturalización de la jerarquía de género y en la inferiorización de lo femenino por su identificación con lo doméstico” (Mannarelli 57), así como a los diversos roles que cumple la mujer en la sociedad (la “madresposa”, la maternidad, la conyugalidad y el erotismo). Para estudiar la estructura familiar del espacio doméstico se utiliza el concepto de la “gran casa” de Ariès y también se analiza de qué manera en esta se reproduce la herencia colonial de la sociedad peruana de la época (Quijano, Flores Galindo) y los roles que juegan la autoridad patriarcal y los personajes femeninos —madre e hija—, así como la reproducción de las jerarquías sociales y raciales en contraste al proyecto del indigenismo (De la Cadena), con el cual se identifican la protagonista Giralda Loayza y su esposo. Asimismo, se traza un paralelismo entre la novela y *Aves sin nido* (1889) de Clorinda Matto, reconociendo las diferencias en los proyectos de nación que ambas novelas proponen, así como el papel que juegan los núcleos familiares en ellas (Cornejo Polar). Finalmente, en términos de estrategias narrativas, se examinan las polarizaciones semánticas que propone la novela y la acercan a las novelas decimonónicas y al melodrama (Brooks).

Palabras clave:  
Karina Pacheco  
Medrano,  
narrativa peruana  
contemporánea,  
género y sociedad,  
clase y raza,  
femineidades.

\* Esta investigación se enmarca en el proyecto “Escritura y acción: narradoras peruanas hoy”, financiado por el Instituto de Investigación Científica de la Universidad de Lima (IDIC).

\*\* Peruano. Doctor en Literaturas Hispánicas, Johns Hopkins University. Académico Universidad de Lima, Lima, Perú. ORCID: 0000-0003-4489-8273, asusti@ulima.edu.pe.

## ABSTRACT

The article examines *La sangre, el polvo, la nieve* (2021), a novel by Karina Pacheco Medrano (Cusco, 1969), from a gender perspective within the framework of Cusco society at the end of the 19th century and the first half of the 20th. Attention is paid “to the exercise of private power based on the naturalization of the gender hierarchy and the inferiorization of the feminine due to its identification with the domestic” (Mannarelli 57), as well as the various roles that women play in the society (the “motherwife”, motherhood, conjugality and eroticism). To study the family structure of the domestic space, the concept of the “great house” by Ariès is used and it is also analyzed how the colonial heritage is reproduced in the Peruvian society of the time (Quijano, Flores Galindo), and the roles that play the patriarchal authority and the female characters—mother and daughter—as well as the reproduction of social and racial hierarchies in contrast to the project of indigenismo (De la Cadena), with which the protagonist Giralda Loayza and her husband identify. Likewise, a parallelism is drawn between the novel and *Aves sin nido* (1889) by Clorinda Matto, recognizing the differences in the national projects that both novels propose, as well as the role played by family nuclei in them (Cornejo Polar). Finally, in terms of narrative strategies, the semantic polarizations proposed by the novel are examined, bringing it closer to nineteenth-century novels and melodrama (Brooks).

Keywords: Karina Pacheco Medrano, contemporary Peruvian narrative, gender and society, social class and race, femininities.

## Introducción

Las recientes décadas han presenciado en el Perú un significativo crecimiento del número de publicaciones de escritoras en los diversos géneros narrativos, así como investigaciones sobre el tema<sup>1</sup>. No se trata, ciertamente, del surgimiento de una “literatura menor” —uno de los argumentos que por mucho tiempo esgrimió la crítica local—, sino de una literatura que expresa, entre otros temas, el cuestionamiento de la definición de la femineidad y de los roles de género en la sociedad peruana, así como la representación de las posiciones, identidades y experiencias de las mujeres en ella. Entre esas voces destaca Karina Pacheco Medrano (1969), escritora cusqueña que ha publicado, a la fecha, más de una decena de novelas y colecciones de cuentos<sup>2</sup>, en los cuales la acción se sitúa en espacios urbanos y rurales del Perú<sup>3</sup>, aspecto que contrasta con el protagonismo de la capital del Perú, Lima, en la narrativa de la segunda mitad del siglo xx<sup>4</sup>.

En *La sangre, el polvo, la nieve*, novela publicada originalmente en 2010, la ciudad del Cusco, el paisaje de sus alrededores y su historia configuran el cronotopo del texto y se presentan firmemente arraigados en la identidad de los personajes. Mateo, hijo de Giralda Loayza, narra la historia de su madre, una mujer que a lo largo de la primera mitad del siglo xx lucha contra los innumerables obstáculos que la sociedad patriarcal interpone en su vida. Nacida en 1900, Giralda

---

1 Entre estas, véanse las de Prado Alvarado (2021), Cárdenas Moreno (2019, 2018), Paredes Morales (2018), Ferreira (2017), Cisneros (2016), Díaz Manunta (2016), Gutiérrez (2014), Minardi (2000) y Benner, S. y Leonard, K. (1998). Prado Alvarado, por ejemplo, señala que “[c]ualquier lector interesado en la literatura de este nuevo siglo puede constatar que se ha registrado este incremento en publicaciones con diversos estilos de calidad, además, con una crítica más atenta y con una mayor organización en las editoriales independientes que han conseguido posicionarse en el modesto mercado de libros peruano” (183).

2 Novelas: *El año del viento* (2021), *Las orillas del aire* (2017), *El bosque de tu nombre* (2013 y 2019), *La sangre, el polvo, la nieve* (2010 y 2021), *Cabezas y orquídeas* (2012), *No olvidés nuestros nombres* (2006 y 2015), *La voluntad del molle* (2006 y 2016). Libros de relatos: *Lluvia* (2018), *Miradas. Antología de cuentos* (2015), *El sendero de los rayos* (2013) y *Alma alga* (2010).

3 En *La voluntad del molle* (2016), la acción se desarrolla principalmente en la ciudad del Cusco y sus alrededores; en *El año del viento*, en la Sierra del sur del Perú (departamentos de Apurímac y Cusco); en *El bosque de tu nombre*, en Guatemala, Centroamérica; en *Las orillas del aire*, aun cuando el principal escenario es el Cusco, los protagonistas se desplazan por la selva y el norte del Perú y el extranjero.

4 Pueden consultarse los trabajos de Sustí (2021), Reyes Tarazona (2019), Güich y Sustí (2007), Valero Juan (2003) y Elmore (1993).

es testigo de los grandes eventos que sacuden la historia de su país y su tiempo: la Primera y Segunda Guerra Mundial; la primera reforma universitaria en el Perú, en el Cusco, en 1909; el surgimiento del movimiento indigenista en el Cusco y el activismo político de la década de los años veinte; la represión llevada a cabo por los gobiernos civiles y militares de turno; la muerte de su primer marido, Rafael —profesor de colegio, militante comunista y defensor de las demandas campesinas frente a los abusos de los terratenientes—, y, finalmente, los abortos espontáneos de sus dos primeros hijos.

De este modo, la vida de Giralda se constituye en una suerte de metáfora de las profundas transformaciones que sufre el Perú durante las primeras décadas del siglo xx, así como de las luchas que las mujeres enfrentan en la época: a diferencia de su abuela Alejandrina y su madre Sara, Giralda no se somete a la voluntad de los hombres de su familia. En el escenario de una sociedad en la que han estado firmemente enraizadas las normas que modelan el rol de las mujeres como esposas y madres, Giralda reafirma su independencia y libertad, aun cuando el precio a pagar por ello es muy alto.

Como sucede en otras novelas de la autora, la filiación y la memoria ocupan un lugar central en la narración<sup>5</sup>: la indagación sobre el pasado familiar se convierte en un instrumento idóneo para la reformulación y comprensión de la identidad del narrador. En *La sangre, el polvo, la nieve* esta operación se realiza desde la mirada de Mateo y toma como punto de partida un evento que marca su vida y la de su madre: el asesinato de cuatro jóvenes cusqueños en 1945 en la explanada de Sacsahuaymán, localizada en las afueras de la ciudad:

Sucedió la misma semana en que hallaron a los cuatro amigos en las faldas del antiguo templo incaico, con un tiro en la sien cada uno. Durante meses, esa sería la comidilla favorita en la ciudad. Yo iba a cumplir ocho años y no entendía por qué mi madre apenas hacía comentarios sobre la extraña muerte de esos jóvenes, todos

---

5 Sobre *La voluntad del molle* y otras tres novelas publicadas por escritoras peruanas (Thorndike, Adaui y Félip), Cárdenas Moreno señala: “En suma, queremos demostrar que en estas novelas asistimos a una redefinición del sujeto femenino no solo como un sujeto que se libera, sino que se resitúa transformando las relaciones de poder en su entorno a través de la búsqueda de su pasado familiar” (“Filiación y memoria...” 41).

hijos de familias conocidas, uno de ellos pariente nuestro. (Pacheco Medrano 13)

La elección del espacio de las ruinas de la fortaleza con sus muros megalíticos, una de las mayores obras arquitectónicas del imperio incaico, resulta significativa en la medida en que crea un vínculo estrecho entre el presente de la narración, el pasado de la ciudad y sus habitantes: una vez situada la acción en ese escenario inicial, el lector se ve insertado en el seno de la sociedad cusqueña y sus “conocidas familias”, a la vez que adquiere una noción del mundo de las relaciones sociales. Sin embargo, el vínculo con el pasado no conlleva una idealización del mismo, sino su integración en la vida cotidiana de los personajes: el Cusco representado en la novela no es la mítica e idealizada capital del imperio incaico, sino una pequeña ciudad de inicios del siglo xx en la que conviven las familias más tradicionales y conservadoras de la región —propietarias de “inmensas haciendas”—, la clase que agrupa a prósperos comerciantes, como el padre de la protagonista (29), la elite de intelectuales y librepensadores que se solidarizan con el estamento más bajo de la sociedad, y este último, integrado principalmente por los indios<sup>6</sup>.

En este complejo orden social, en que el ascenso solo es posible a través de la posesión y acumulación de capital y bienes, contrastan el materialismo de quienes se sitúan en su cima y el idealismo de una nueva generación perteneciente a las capas medias comprometida con la justicia social. Esta tensión atraviesa la novela y está ligada a la pugna entre dos sistemas de pensamiento opuestos: mientras que el primero se define por la perpetuación de los privilegios de las familias acomodadas de la región —principalmente terratenientes y latifundistas—<sup>7</sup>, el segundo propugna un proyecto de nación en el que todos sus ciudadanos tengan los mismos derechos y oportunidades.

---

6 En la introducción y capítulo primero de su libro, *De la Cadena* ofrece un panorama de la estratificación social del Cusco en la época representada en la novela (19-104).

7 Sobre el papel de los terratenientes en la sociedad rural, apunta Flores Galindo: “La desaparición de curacas y corregidores, la postergación del clero y la debilidad de los aparatos policiales y burocráticos republicanos, permitieron que los terratenientes, a la propiedad de sus haciendas añadieran el monopolio del poder político local. Con la república adquirieron un poder que no habían tenido antes. En el siglo XIX un hacendado podrá movilizar a sus ‘propios indios’ con los que formará partidas de montoneros y huestes particulares” (Flores Galindo 226).

Aun cuando el padre de Giralda, Giraldo Loayza —quien significativamente lega a su hija menor su nombre, con la seguridad de que ella se convertirá en una extensión de su visión del mundo—, no forma parte del estrato social más alto, sí se identifica con sus intereses económicos y aspira a incorporarse a él. Muy joven, sin embargo, Giralda descubre la siniestra personalidad de su padre, escondida tras la máscara del éxito:

(...) en la estancia de negocios del primer patio, sobre la mesa de caoba y mantel a cuadros destinada a los juegos de canasta, Giralda descubrió a su padre apostando su cuerpo no sobre naipes sino sobre una mujer cuyo lunar en la frente pudo reconocer a través de la luz de una vela. Echó sus pasos atrás. De la mesa emanaban ruidos agitados y secos. Hubiera querido creer que ese hombre no era su padre, o que al menos esa pareja se estaba limitando a jugar cualquier partida inocente. Podrían haber estado haciéndose cosquillas, pero esa mujer no estaba riendo. Por el contrario pudo oír que su padre le decía que era una perra y que la iba a tratar como una perra en celo. Entonces, los quejidos de aquella mujer se convirtieron en una súplica:

-Por favor, señor ya basta...

Paralizada a un costado de la puerta, Giralda escuchó con claridad cómo su padre respondía que las rameras solo debían callar y obedecer. No podía engañarse, nadie estaba jugando sobre esa mesa, y esa hermosa lunareja era la misma que por la mañana, con el semblante angustiado, había acudido a su casa para vender sus joyas a quien probablemente fuera el comerciante más conocido de la ciudad. (37)

Más adelante, a partir de su interés en aprender a tocar el violín e ingresar a la universidad para emprender una carrera como maestra, la relación con el padre se quiebra:

[Su hermano] Pedro la llevó a una tienda de música de la calle San Agustín. Le compró un violín. De regreso, saltando de alegría por las veredas, Giralda se imaginaba a sí misma componiendo hermosas canciones en su habitación, para luego tocarlas en las fiestas y en paseos al campo. Su hermano reía, si bien debía de estar elucubrando cómo aminorar el disgusto de su padre cuando se diera

cuenta de que Giralda había obtenido el anhelado violín: porque Giraldo Loayza siempre había proclamado que una mujer decente no era compatible con un instrumento de cuerda. (39-40)

Una vez que conoce y se enamora de su profesor de violín —Rafael—, Giralda se libera del control ejercido sobre ella por su padre y se distancia del rol servil de su madre. El alejamiento de la casa familiar y el desplazamiento hacia el espacio público de la protagonista conlleva implícitamente un cuestionamiento del “código de honor” que legitima y consolida el poder patriarcal dentro del ámbito familiar y social. Como señala Mannarelli, en la sociedad republicana “(...) los lazos que unían a las personas y que organizaban el mundo social se basaban en un código no escrito que estipulaba que la exposición femenina pública vulneraba el prestigio del grupo familiar, del clan al que pertenecía, ya fuese por nacimiento o por matrimonio” (55). La “exposición pública” de Giralda, entre otros factores, origina la ruptura con el padre y, a la postre, será una de las causales que desencadenará el suicidio de su madre Sara, quien a lo largo de su vida ha sido testigo no solo de las infidelidades de su esposo, sino también del ejercicio despótico de su poder sobre aquellos que acuden a él —particularmente las mujeres— en busca de apoyo económico.

### La “gran casa”: estructuración espacial y familiar

La representación de la sociedad cusqueña en la novela reproduce las características de la sociedad colonial en términos de clase, raza y género. En ese sentido, la estructuración del espacio de la casa de la familia Loayza, así como su relación con el mundo exterior, corresponden al modelo de la “gran casa” (*The big house*), descrita por el historiador francés Ariès, que se desarrolla desde el siglo xv al xvii en Europa<sup>8</sup>:

What do we mean by a big house? Something very different from the meaning we would give today to the same expression. A house today is said to be big in relation to the density of its population. A big house is always a house with few people in it. As soon as the population density arises, people say that they are beginning to feel cramped for room, and the house, comparatively speaking, is

---

8 El estudio de Ariès se centra en las transformaciones de la estructura familiar desde la Edad Media al siglo xix, en particular, la socialización de los niños y niñas.

no longer as big it was. In the seventeenth century, and also in the fifteenth and sixteenth centuries, a big house was always crowded, with more people in it than in little houses<sup>9</sup>. (391)

Según Ariès, en la época señalada, “the houses of the rich sheltered, apart from the family proper, a whole population of servants, employees, clerics, clerks, shopkeepers, apprentices and so on” (392). Estas casas constituidas por habitaciones cuyas ventanas dan a la calle, a un patio o a un jardín se configuran no como espacios destinados al desarrollo de una vida privada y doméstica en la que se refuerzan los lazos afectivos entre los miembros del núcleo familiar (padres e hijos, principalmente), sino como espacios que cumplen una función social y pública:

The big house fulfilled a public function. In that society without a café or a «public house », it was the only place where friends, clients, relatives and protégés could meet and talk. To the servants, clerics and clerks who lived there permanently, one must add the constant flow of visitors. (393)

En la “gran casa” los límites entre lo público y lo privado —que recién serán establecidos a partir del siglo xviii— no tienen aún cabida: en ella, el jefe de familia, autoridad patriarcal, desarrolla y realiza las actividades y vínculos propios de su profesión. Esta estructuración del espacio de la casa, como señala Mannarelli:

se apoya en un patrón particular del ejercicio del poder privado basado en la naturalización de la jerarquía de género y en la inferiorización de lo femenino por su identificación con lo doméstico, en una sociedad donde se ha considerado el trabajo como una actividad contaminante, propia de los inferiores. (57-58)

La casa de los Loayza —un personaje más de la trama— es descrita extensamente en el capítulo tres de la novela:

La casa en la que nació Giralda no era muy distinta de lo que solían ser las casonas de las familias cusqueñas acomodadas de inicios

---

9 Ariès cita un censo fechado en 1695, en la población de Aix-en-Provence, en el sur de Francia, en el que las pequeñas casas de las familias más pobres son habitadas por un número significativamente menor de personas que las “grandes casas”, en las que generalmente vivían entre veinticinco (los dos padres de familia, seis hijos y diecisiete sirvientes) y diecisiete personas (los dos padres, ocho hijos y siete sirvientes) (391).



del siglo XX. Con bases incaicas revestidas con adobes del tiempo colonial, tenían grandes portones de roble como vía de entrada de personas, caballos y carrozas, arquerías de piedra en los portales de los patios principales, balcones y amplios corredores en las segundas plantas que cobijaban la parte más íntima de las viviendas; así como dos, tres y hasta cuatro patios, donde el primero era el más cuidado y fino de la construcción, mientras el último no solía abrigar ningún jardín ni adorno, su piso era de tierra y en el caso de que tuviera habitaciones, estas eran destinadas a los animales o a los sirvientes y visitantes indígenas que la casa albergara. (23-24)

Este modelo reviste algunas de las características asignadas por Ariès a la “gran casa”: en ella, dada la naturaleza de los negocios del padre, convergen mercancías y objetos de diversas latitudes y culturas (26). Se trata, además, de un espacio de tránsito en el que se hospedan parientes por lapsos de tiempo variables y que llegan a la ciudad por diferentes motivos<sup>10</sup>. Entre esos huéspedes temporales, se incluyen “visitas modestas”, como las “comadres que acudían para solicitar el consejo de Sara sobre cómo enfrentar problema de deudas, violencia o amantes de sus maridos” (27), es decir, mujeres víctimas de la infidelidad de sus esposos, situación que Sara vive en carne propia y que proyecta en el futuro de su hija:

- ¡Quién diablos creen que soy! Venir a depositar sus tragedias sobre mis espaldas; venir a preguntarme qué hacer para enfrentar la convivencia con un malhechor... Como si yo supiera cómo sobrevivir con un desgraciado cuyo nombre no debí permitir que se reprodujera sobre ti, pobrecita hija...” (28)

Sara, en tal sentido, es una *madresposa*<sup>11</sup>, una mujer que no solo es esposa y madre, tal como define esos roles la cultura patriarcal dominante, sino, en un sentido más amplio, una madre que *maternaliza* a amigos, hermanos, novios, esposos, nueras, yernos, allegados, etcéte-

10 La casa acoge “innumerables compadres y ahijados que Sara y Giraldo Loayza habían ido sumando desde que contrajeran matrimonio en 1875” (27).

11 “La categoría que abarca el hecho global constitutivo de la condición de la mujer en la sociedad y la cultura es *madresposa*. En el mundo patriarcal se especializa a las mujeres en la maternidad: en la reproducción de la sociedad (los sujetos, las identidades, las relaciones, las instituciones) y de la cultura (la lengua, las concepciones del mundo y de la vida, las normas, las mentalidades, el pensamiento simbólico, los afectos y el poder)” (Lagarde y de los Ríos 365).

ra; esposa de sus padres, familiares, amigos, jefes, maestros, etcétera, como sostiene Lagarde y de los Ríos: “(...) la mujer valora más la existencia del otro que la propia, porque sólo su reconocimiento le da existencia a ella misma” (367). En su fuero interno, Sara intenta rebelarse contra su condición de madre y esposa de un hombre cuya conducta excede todo margen de tolerancia, de mujer que se sacrifica por una conyugalidad<sup>12</sup>, lo cual la expone a todo tipo de humillaciones; sin embargo, su intento de rebelión no se traduce en una liberación de esa condición.

En el espacio doméstico, el jefe de familia, Giraldo, se comporta como un “acaudalado benefactor” ante la sociedad. Como se ha visto, hace uso de sus prerrogativas como autoridad patriarcal, cobrándoles sexualmente a las mujeres los favores que presta, mujeres cuyo estatus social y condición de género las coloca en una posición subordinada. En la casa, el patriarca goza de “acceso físico casi irrestricto a las mujeres de los grupos subalternos”, lo cual, a su vez, legitima la tradición de nacimientos fuera del matrimonio (Mannarelli 55). Por ello, en la casa el comportamiento sexual masculino no responde a ningún tipo de control extradoméstico; esa conducta se vincula con lo que De la Cadena reconoce como la “racialización de la sexualidad” (71), un discurso de élite en la sociedad cusqueña de la época en el que se fomentaba la endogamia entre grupos sexualmente compatibles, es decir, entre los miembros de los estratos superiores cuyo acceso a la educación superior les proveía la distinción de “gente decente” y a quienes se atribuía una mayor predisposición al “amor intelectual”, por encima del “amor instintivo” y el “emocional”, identificados con los estratos más bajos, mestizos e indios. Ello, sin embargo, no impedía que los hombres tuvieran aventuras extramaritales con mujeres de cualquier extracción, siempre y cuando mantuvieran la “discreción y la endogamia matrimonial” (De la Cadena 70-71)<sup>13</sup>.

---

12 “La maternidad y la conyugalidad son las esferas vitales que organizan y conforman los modos de vida femeninos, independientemente de la edad, o de la clase social, de la definición nacional, religiosa o política de las mujeres” (Lagarde y de los Ríos 363).

13 El acceso a una educación superior, sin embargo, también podía brindarles a los “caballeros de piel oscura” la posibilidad de un mayor reconocimiento entre los estratos superiores, en particular a los intelectuales cusqueños: “(...) las creencias en la superioridad racial de los individuos que demostraban el mayor alcance de su inteligencia a través de un título universitario, aseguraban la posición de los intelectuales cusqueños

## El orden social (colonial) y la raza

Aun cuando los eventos centrales de la novela se desarrollan en el contexto histórico de los años veinte del siglo xx, en la casa de los Loayza y en la sociedad cusqueña de la época se representan las jerarquías de una sociedad colonial. Como señala Quijano, desde el siglo xix en la sociedad peruana, subsiste lo que él identifica como la “colonialidad del poder”:

Después de la Emancipación, las minorías dominantes “blancas” controlaban estados independientes, pero sus sociedades seguían siendo coloniales, pues continuó por largo tiempo la colonial asociación entre la clasificación racial de los dominados y el control capitalista del trabajo y de la producción. Por esa colonialidad del poder y su inherente e inevitable conflictividad, el antagonismo central quedó establecido entre los “europeos” o “blancos” y los “indios” siervos, “negros” esclavos y “mestizos” en una u otra situación. Dada esa estructura de poder, los grupos sociales dominantes de América ibérica, poscolonial, tenían intereses sociales antagónicos con los “negros” esclavos o con los “indios” siervos y, en consecuencia, ningún interés común nacionalizable. (243)

La “gran casa” se concibe como un espacio en el que se reproduce la colonialidad del poder planteada por Quijano. Como señala Flores Galindo, la expansión del poder político y económico de los terratenientes —con el que se identifican Giraldo Loayza y sus antepasados— se fundó en un “acuerdo implícito” con la clase alta costeña, según el cual esta última toleró las “prerrogativas y fueros privados” de la primera (226)<sup>14</sup>. Las huellas de la opresión y el maltrato que sufren los indios adquieren una presencia tangible en el antiguo establo, ubicado en el tercer patio, escenario del escarmiento brutal con que el hacendado Juan Armando Orozco —décadas antes, en 1849— castiga a los comuneros indios que se atrevieron a reclamar los derechos de propiedad sobre las tierras comunales expropiadas después de la independen-

---

entre los círculos más influyentes a lo largo y ancho de país y, a su vez, restaban importancia al origen serrano de su identidad racial” (De la Cadena 71).

14 “En las haciendas funcionaba una reciprocidad asimétrica. El propietario permitía que sus ‘colonos’ usufructuaran tierras y ganado a cambio de trabajo y/o productos; les conseguía coca y aguardiente, les daba protección librándolos por ejemplo del servicio militar. Para denominar a esos propietarios se acuñó un peruanismo que después tendrá curso corriente en las ciencias sociales: gamonal” (Flores Galindo 226).

cia<sup>15</sup>. De ese castigo se hacen cómplices Julio César Loayza –padre de Giraldo y acaudalado comerciante como lo será su hijo más tarde–, y autoridades como el juez quien también engaña a los comuneros:

El juez le había hecho prometer [a Orozco] que cualquier medida que adoptara la aplicara lejos de la ciudad y, sobre todo, lejos de su despacho. Solo cumplieron con lo segundo: la casa de Julio César distaba a varias manzanas de los juzgados centrales. A medianoche, seis hombres encapuchados entraron al tambo donde se habían hospedado los denunciantes [un líder indígena, su padre, esposa e hija], abonaron un fajo de billetes y dos damajuanas de aguardiente al regidor del lugar a cambio de que hiciera la vista gorda cuando se lanzaran sobre los cuatro durmientes. Los redujeron y los cargaron como fardos a lomo de tres caballos. (128)

La familia india es salvajemente torturada y masacrada, y violadas la esposa e hija. Años después, la historia de la tragedia será transmitida por las mujeres de la familia —por Alejandrina, esposa de Julio César; su hija Sara; Rolena, hermana de Giraldo; y Giralda— para llegar finalmente a oídos del narrador, Mateo. Alejandrina —testigo de la matanza y también víctima en la medida en que sufrirá un colapso nervioso del cual no logrará recuperarse— obligará a su marido a cerrar la habitación para siempre. Así, en la “gran casa” se instaure y consagra la “moral de la servidumbre” (Mannarelli 57-58) sobre los más débiles —los indios y las mujeres victimizadas por sus esposos—, en cuyos cuerpos queda inscrita la marca indeleble de la violencia.

Para las mujeres de la familia, quienes son, en última instancia, las generadoras y depositarias de las relaciones afectivas con los hijos e hijas así como con los sirvientes<sup>16</sup>, no hay posibilidad de vínculo de ese

---

15 El hacendado Orozco encarna la figura del gamonal tal como la entendieron los indigenistas en la década de los años veinte: “El contraste moral entre el hacendado y el gamonal estuvo relacionado con el origen y la situación respecto a la posesión de la tierra: la propiedad ancestral era percibida como legítima y como el rasgo definitorio de los hacendados. Los fundos de adquisición ‘reciente’ fueron considerados propiedades legítimas obtenidas mediante la explotación” (De la Cadena 101).

16 Véase, por ejemplo, la relación entre el pongo Jeremías y las mujeres de la casa: “Enviado por los padres de Sara como siervo permanente a la casa de los tres patios, Giralda lo conocía desde que ella tenía cinco años y Jeremías alrededor de veinte. Él había obedecido a cambio de que sus patronos concedieran en arriendo una extensión mayor de tierra para sus padres y hermanos menores en su hacienda. Desarraigado de

tipo con sus maridos. Alejandrina y Sara asumen el silencio para impedir que la hipocresía y perversidad de sus esposos se conozcan fuera de los límites de la casa, lo cual, sin embargo, las lleva a los límites de la locura y la autodestrucción, respectivamente. En el primer caso, Julio César, al constatar el impacto de lo ocurrido en el establo en su esposa, llega a amenazarla: “-Espero que no te estés volviendo loca. En tu trance has dicho cosas tremebundas. Debes cuidar bien lo que dices, porque si te estás volviendo loca, yo tendría que separarte de nuestros hijos” (132). Algo similar ocurre con Sara, obligada como su suegra a silenciar el pasado, cuando es interpelada por Giralda:

Porque ese cuarto está colmado de espanto; porque ese antiguo establo, Giralda, está lleno de las preguntas que se hacen las víctimas cuando no entienden cómo es posible que los hombres, seres conscientes, seres religiosos, seres que dicen tener moral, civilización, decencia, cómo es posible, cómo es posible, cómo es posible, que hagan cosas..., cosas...” (73-74)

Poco después, tras entregarle las llaves de la casa a su hija, Sara se suicida (77). Aun cuando Alejandrina y Sara cumplen con mantenerse calladas, sobre ellas se cierne la amenaza de ser declaradas locas, en la medida en que no satisfagan las imposiciones del orden patriarcal. Ambas, como los bienes y propiedades, “pertenecen” a sus esposos, es decir, sus respectivos matrimonios obedecen —o, en todo caso, imitan— las negociaciones de los vínculos económicos entre “las familias más enaltecidas de la ciudad” (29).

La organización estamental de la sociedad y la administración de la justicia a manos de los más poderosos se sustenta en la legitimación de la inferioridad social y racial de ciertos estratos sociales y grupos étnicos. Giralda, por ejemplo, cuando es apenas una niña, es adiestrada en el modo en cómo debe relacionarse con aquellos que no forman parte de su grupo social:

Todo comenzó por el olfato: advirtió que, en efecto, tal como comentaban sus hermanas en un lenguaje que buscaba esquivar el pecado de la soberbia, los cholitos de las casitas bajas despedían un olor di-

---

la comunidad donde había nacido, en la ciudad nunca tuvo oportunidad para formar su propia familia” (59).

ferente. Las fosas nasales de Giralda empezaron a traducir que «diferente» era denso, sofocado, grasoso, desagradable al aire, peligroso de aspirar. Y otras cosas que antes habían sido apenas perceptibles se expandieron: la piel de aquellos niños era bastante oscura; además, sus mejillas estaban cuarteadas por el invierno, el sol y hasta por brotes de sarna, mientras sus mocos eran reducidos de un golpe con la manga de una chompa deshilachada (...) Aunque persistía el deseo de seguir jugando con ellos, también le invadía un temor creciente a que de hacerlo pudiera contagiarse de los piojos y fiebres que mataban a esos chiquitos como a conejos, según decía su padre. (34)

El establecimiento de las jerarquías sociales y étnicas conlleva la imposición de una “cultura del cuerpo”, un aprendizaje del reconocimiento de qué olores, colores de piel, gestos y hasta enfermedades son los propios de las clases inferiores. Esta segregación del mundo —respaldada, además, por la autoridad de la iglesia— en “ricos” y “pobres”, “limpios” y “sucios”, “sanos” y “enfermos”, y otras muchas dicotomías, es una comprobación de la necesidad de inculcar en los niños y niñas un orden ético y social que ha de ser asumido como natural. Asimismo, los mecanismos de segregación social buscan perpetuar —a través de la niña y, más adelante, de la joven Giralda— los vínculos de la familia con los miembros de su propia clase:

Poco a poco, Giralda pasó a ser la administradora de un caserón que, tenía adelantado, sería su herencia cuando se casara junto con el cuidado de sus padres hasta el fin de sus días. Aunque todos daban por sentado que con los años aprendería a escoger un consorte apropiado, Sara comenzó a insinuarle que debía fijarse bien en quién posaba sus sentimientos (...) (34)

A los diecinueve años, Giralda —respaldada por su hermano Pedro, quien regresa después de ocho años de vivir en Argentina— opta por postular a la universidad y seguir la carrera magisterial. Luego de convencer a su madre, quien en principio se opone a la idea convencida de que “los estudios universitarios [convertirán] en solterona a su hija menor” (48), inicia una relación con un primo lejano propietario de “una hacienda en la selva cusqueña”, “apremiado por casarse con ella” (48).

La decisión de Giralda por optar a la carrera magisterial, sin duda, evoca las preocupaciones y recomendaciones que aparecen, cinco

décadas antes, en las novelas de las escritoras peruanas de la primera generación ilustrada de finales del siglo xix —Mercedes Cabello (1845-1909) y Clorinda Matto (1852-1909), en particular—, que “usaron la literatura para vehiculizar posicionamientos críticos y transgresiones de los paradigmas hegemónicos que sustentaban los distintos patriarcados en vigencia en su momento” (Denegri y Morales 158). En ese sentido, Giralda ejemplifica la realización del modelo de mujer que empezó a perfilarse desde la década de 1870, época en que:

[l]as mujeres exigían (...), además de una preparación adecuada en los secretos de la administración doméstica moderna, un entrenamiento básico que las pudiera capacitar para poder trabajar por un sueldo. Esta exigencia fue claramente articulada por Teresa González de Fanning y Mercedes Cabello de Carbonera en las veladas de Juana Manuela Gorriti. El compromiso entre estas dos exigencias cristalizó cuando el gobierno civilista propuso que las mujeres fuesen capacitadas para ser empleadas como profesoras de niños. La aceptación de esta propuesta llevó a la fundación de cuatro Escuelas Normales en Cajamarca, Junín, Cuzco [sic] y Lima donde capacitar a jóvenes profesoras, tan sólo un año después de que [Manuel] Pardo llegase al poder, en 1873. (Denegri 127)<sup>17</sup>

El proyecto de matrimonio “endogámico” de Giralda y su primo, como era de esperarse, se frustra tres meses después por decisión de la muchacha, lo cual provoca “un gran disgusto en su padre y nuevas jaquecas en su madre” (48) y expresa, una vez más, su voluntad de distanciarse del modelo endogámico y patriarcal de la sociedad cusqueña y alcanzar una mayor independencia<sup>18</sup>. Finalmente, poco después de

---

17 Paralelamente a este proceso, una de las preocupaciones más significativas de la época giró en torno “a los posicionamientos que se asumieron en torno a la figura de la mujer lectora y las agendas escriturarias emprendidas por algunas de estas mujeres que, de manera silenciosa, pero contundente, las fueron consolidando desde muy temprano como profesionales de la palabra” (Denegri y Morales 157). Así, “(...) los y las activistas de la educación femenina que se reunían con regularidad entre 1876 y 1877 en las veladas limeñas de la escritora argentina Juana Manuela Gorriti manifestaron también sus propios temores frente a las infinitas y laberínticas ramificaciones que la lectura le [sic] abría a las mujeres que pretendieran practicarla libremente y sin tutelaje” (Denegri y Morales 158).

18 El costo de esa independencia es señalado por De la Cadena: “Para sus parientes más cercanos, una hermana o hija desobediente no era sino una fuente de humillación. En el resto de la sociedad provocaban un sentimiento ambivalente, mezcla de repugnancia y admiración” (76).

la ruptura, Giralda se reencuentra en la calle con su profesor de violín, Rafael<sup>19</sup>, cuando este es apresado y conducido por dos policías (48). Esta situación se repite posteriormente:

Rafael había sido detenido por tercera vez, no había ninguna prueba en su contra, pero esa mañana un grupo de notables de la región había presentado una denuncia contra él, un viejo abogado y dos estudiantes de Derecho, por aliento a la subversión, dadas las actividades que realizaba a través de una asociación proindígena. Cuando su primo Fortunato apareció para tramitar su liberación, le contó que tres años atrás el viejo abogado y profesor universitario había convocado a varios de sus pupilos, incluso Rafael, para fundar esa institución dedicada a brindar apoyo, asesorar legalmente y colaborar con los gastos de los litigios que las comunidades indígenas plantearan contra las autoridades de sus jurisdicciones o contra las haciendas a las que estaban adscritas. (54-55)

A partir de estos episodios, Giralda cobra conciencia de las profundas contradicciones y tensiones sociales que los miembros de su clase se niegan a ver. La fecha de los eventos coincide con la llegada al poder del gobierno del presidente Augusto B. Leguía<sup>20</sup> y los crecientes enfrentamientos políticos entre centralistas y regionalistas —limeños y provincianos, respectivamente— en torno al gobierno de las regiones. En el caso del Cusco, “las élites locales redenombraron al regionalismo con el apelativo de *cusqueñismo*” (De la Cadena 62), lo cual propiciará, a mediados de la década de los años veinte, el surgimiento del indigenismo<sup>21</sup>. De este modo, la figura de Rafael se enmarca dentro de los cambios po-

---

19 En realidad, Giralda y Rafael “se conocen” desde mucho antes; según el relato de Mateo, hijo mayor del segundo matrimonio de Giralda: “Quizás sea pertinente continuar apuntando que, en el año 1900 [año del nacimiento de Giralda], un niño llamado Rafael jugaba con un trompo en su calle hasta que se quedó pasmado ante el paso de una mujer que empujaba el primer cochecito de bebé que veía en su vida. Al levantarse del suelo para distinguir a la criatura, conoció a Giralda, que con pocos meses sonreía (...) (21).

20 “Gobernante modernizador e inicialmente populista, Leguía inauguró su segundo periodo presidencial (1919-1930) buscando aliados intelectuales y políticos en su lucha contra los regímenes aristocráticos que le precedieron y que él consideraba retrógrados” (De la Cadena 62).

21 “En una época en la que los logros intelectuales determinaban las jerarquías raciales y la posición social, el indigenismo, en tanto una doctrina originalmente serrana, tuvo un efecto significativo: demostró que los políticos serranos eran tan capaces como sus pares limeños y que, por lo tanto, no eran subordinados sino racialmente equivalentes” (De la Cadena 63).



líticos y culturales que sufre la sociedad cusqueña y sirve, además, para encauzar la decisión de Giralda —quien, a la postre, se convertirá en su esposa— de liberarse del modelo patriarcal, así como de la estructura familiar ejemplificada por el espacio simbólico de la “gran casa”.

## Un modelo alternativo de estructura familiar y orden social

Una vez que se realiza el matrimonio entre Giralda y Rafael, la pareja consolida sus lazos con intelectuales y artistas —hombres y mujeres— que comparten sus ideas políticas. Así, en la pequeña casa en que habitan (63) se establece una nueva forma de estructura familiar abierta al intercambio cultural entre intelectuales y artistas (86), así como políticos —entre jóvenes comunistas, socialistas, anarquistas y apristas— que, como la pareja, aspiran a generar un cambio en la sociedad. Contrariamente a la estructura cerrada de la “gran casa” en la que se refugia su madre Sara y reina el despotismo del padre de Giralda, en la de la muchacha se reafirman los valores y las convicciones políticas y culturales de la nueva generación. La visible oposición entre estos dos espacios constituye una de las varias dicotomías sobre las que se funda el universo ficcional en la novela de Pacheco Medrano y que examinaré más adelante.

La “pequeña casa” de la pareja es identificada como un espacio discursivo democrático en el que los jóvenes ejercen su derecho a la libre opinión y en el cual surgen las ideas portadoras de un nuevo modelo de sociedad y nación. Ejemplo de ello es el proyecto de fundación de la “primera universidad popular para obreros del Cusco” que será llevado a cabo por Rafael. Tiempo después, una vez que ocupe el cargo de director de primaria del colegio en el que ha trabajado por más de doce años, Rafael se aboca a la tarea de constituir “un pequeño museo que albergara los objetos incas que acumulaban polvo en los depósitos de la sección de Historia” (88). Este interés por reavivar el pasado incaico coincide con el proyecto político y cultural de los indigenistas y puede ser entendido como parte de su legado<sup>22</sup>, así como la fe que depositan

---

22 Entre los objetos que Rafael y sus discípulos encuentran “había ceramios, vasos rituales de madera e ídolos en plata, hueso y piedra que habían resistido el paso de los siglos y el peso del olvido. Para ampliar esta colección, Rafael se comprometió a donar las antigüedades incaicas que él poseía, lo que motivó a otros profesores, alumnos y exa-

Rafael y los intelectuales y artistas contemporáneos en el “poder rector de la educación” y el intercambio libre de ideas (80-81).

En la novela de Pacheco Medrano se puede identificar una segunda filiación con la primera generación de mujeres ilustradas y, en particular, con la novela de la escritora e intelectual Clorinda Matto, *Aves sin nido* (1889), en lo que se refiere al rol de la pareja conformada por Rafael y Giralda. En la novela de Matto, según Cornejo Polar, se propone una “interpretación de la situación indígena cerradamente escéptica” (xvi) y la necesidad imperiosa de la intervención de un agente externo portador del proyecto modernizador de la nación, identificable con los esposos Marín, que permita “la conversión [del indio] en otro, en criollo, con la consiguiente asimilación de valores y usos diferenciados y de la generosidad de quienes hacen posible esa metamorfosis étnica social” (xx). Asimismo, para el crítico, “*Aves sin nido* privilegia la caracterización de los núcleos familiares [pues] casi no hay personajes que no se presenten sin ese contorno inmediato” (xix).

A diferencia de la novela de Matto, el cronotopo de *La sangre, el polvo, la nieve* está marcado por la reivindicación y el protagonismo del indio propuestos por los indigenistas. Un síntoma de ello en la novela, como se ha mencionado anteriormente, son los proyectos de Rafael de fundar “la primera universidad popular para obreros del Cusco” y crear un museo de objetos incaicos en el colegio del cual es director. Esta defensa cerrada de la herencia indígena y la veneración por el refinamiento intelectual de los incas que, por ejemplo, propugna Luis E. Valcárcel (1891-1987)<sup>23</sup>, contrasta significativamente con la orfandad del indio representada en *Aves sin nido* y justifica la presencia de la familia Marín, portadora del modelo modernizador. Sin embargo, el rasgo que sí emparenta a las dos novelas es “la caracterización de los núcleos familiares” anotada por Cornejo Polar como una “alegoría de la nación” (xviii-xxv).

Aun cuando existen marcadas diferencias en cuanto al origen social y étnico de esos núcleos —los privilegios de los cuales gozan las fa-

---

lumnos a hacer lo propio. Por entonces, el interés por las reliquias precolombinas recién empezaba a despertar (...)” (89).

23 “Empleando las mismas virtudes que impulsaron a los indigenistas como políticos nacionales y que certificaban su estatus social como gente decente, Valcárcel atribuyó a los incas ‘cultura y gran refinamiento intelectual’” (De la Cadena 92).

milias de los terratenientes o la de los Loayza, por mencionar solo dos ejemplos, por oposición al destino trágico de la familia india castigada y asesinada en 1849—, en la novela de Pacheco Medrano aquellos personajes que carecen de o han perdido a su familia —el caso de Blanca o de Fermín-Ramón, a quienes me referiré más adelante— están condenados a la precariedad y las carencias propias de quienes han sido marginados por la sociedad. Es decir, en ambas novelas —si bien se evidencian notables diferencias en torno al papel de las mujeres tanto en la “gran casa” como en la que habitan Giralda y Rafael— la familia opera como un núcleo a partir del cual se proponen dos proyectos o alegorías distintos y opuestos de la nación.

La consolidación de los proyectos de la pareja protagonista de la novela se produce cuando se muda a la casa que la tía Rolena, hermana de Giraldo, les traspassa. Este hecho coincide con el periodo en que Rafael funda la universidad popular para obreros a principios de 1924 (81-82)<sup>24</sup>. Paralelamente, hacia fines de la década, el declinante gobierno del presidente Leguía —que, para ese entonces, ya se ha transformado en una dictadura— se debilita, al punto en que la elite progresista de todo el país y el Cusco vislumbra la posibilidad de que los partidos de izquierda sean legalizados y, con ello, accedan al poder, momento en el que, por única vez en la novela, el proyecto de una nación moderna asoma como una realidad plausible. En ese contexto, el grupo de intelectuales y artistas del que forman parte Rafael y Giralda organiza un paseo campestre a la explanada de Sacsayhuamán que adquiere un carácter casi idílico:

Sergio empezó a declamar su poesía, mientras los demás se iban acomodando a su alrededor. La hierba era abundante, tierna. Una leve brisa empezó a circular por la explanada. Adelina se levantó para encender una hoguera con los leños que habían transportado en una mula. De las poesías al origen del universo y a los templos erigidos para reverenciarlo, los adultos pasaron a discutir sus posiciones frente a los desafíos que les planteaba el mundo en el futuro

---

24 El proyecto de Rafael puede ser entendido a la luz del concepto de “decencia” que, según la óptica de los indigenistas, “se condecía con aquellos que optaban por la educación superior. El indigenista Luis E. Valcárcel, por ejemplo, estaba convencido de que el capital simbólico que proporcionaba la educación convertía a los sujetos de las clases menos privilegiadas en “gente decente” (De la Cadena 66).

inmediato. Los niños más pequeños se fueron durmiendo, pero los que eran un poco más grandes decidieron descalzarse para jugar y cantar alrededor de la fogata (...) Giralda extrajo su violín y se acercó a ellos. Empezó a tocar los huaynos de siembra que el compositor Roberto Ojeda acaba de publicar y que estaban de moda. (84)

Simbólicamente, en el paseo se representan algunas de las aspiraciones de la nueva generación: la confluencia entre el pasado y el presente de la ciudad, celebrada a través de expresiones artísticas como la poesía, la música y el baile, integradas a la vida cotidiana en un escenario que evoca la grandeza del imperio incaico; la integración de una comunidad de individuos —hombres, mujeres y niños— que trabajan conjuntamente y cuyas tareas se distribuyen igualitariamente, hecho que rememora el socialismo utópico de Fourier (86). La escena es bocetada por uno de los integrantes del grupo, Domingo Panato, “joven pintor arequipeño”, y más tarde realizada como pintura con el título *El paraíso existe*. El paseo campestre, sin embargo, constituye un anticipo de la tragedia que habrá de ocurrir dieciséis años más tarde en el mismo lugar, en la que serán asesinados cuatro de sus asistentes, los jóvenes Andrés Andrade, Miguel Salgado, Eliecer Loayza y Gabriel Méndez.

Un año después de la celebración, llega al Cusco la noticia de la muerte del fundador del Partido Socialista, José Carlos Mariátegui (1894-1930) (88) y se inaugura el museo incaico proyectado por Rafael. Ese mismo año, una vez derrocado el presidente Leguía por una junta militar encabezada por el comandante Luis M. Sánchez Cerro (1889-1933), se inicia un periodo de persecuciones de comunistas y apristas (103). Poco tiempo después, Rafael es detenido junto con líderes sindicales, dirigentes indígenas y catedráticos, y descubre que un sobrino suyo, Fermín, que ha adoptado el nombre de Ramón —viejo conocido de Giralda quien ya desde niño había dado muestras de una personalidad atormentada—, se ha convertido en soplón, torturador y asesino al servicio del régimen, y que, años más tarde, será el perpetrador del asesinato de los cuatro muchachos en la explanada de Sacsayhuamán.

En 1933, Rafael será nuevamente detenido, a causa de la denuncia del director del colegio y un grupo de profesores, padres de familia y estudiantes. Trasladado a Lima, contraerá tuberculosis en la cárcel y morirá al poco tiempo. Giralda, a su vez, será encarcelada en 1936 por participar en “una romería en homenaje a los mártires por los dere-

chos de los trabajadores” (111) y, al salir libre, se casará con quien fue su abogado; más tarde, dará a luz a su tercer hijo —los dos primeros, cuyo padre fue Rafael, mueren a causa de abortos espontáneos—, Mateo, el narrador de la novela.

## Giralda: la mujer estigmatizada

Como señala Mateo a través de una serie de reflexiones metaficcionales, la estructuración del relato de la vida de su madre lo obliga a enfrentar sus propios prejuicios y temores:

Durante años he considerado un desafío escribir la historia de mi madre. Pensaba que esto me ayudaría a esclarecer muchas cosas veladas que habían ido atravesando mi vida desde que era un niño, pero durante años también pospuse esa tarea por razones objetivas, incluido el temor a escribir mal. Más allá, me pesaba el temor a indagar en qué pasó por sus sentimientos a partir de la tarde en que fue liberada. Ella había dicho que nunca podría enamorarse de otro hombre, pero he ahí que a los treinta y seis años, al salir de la cárcel, empezó a cambiar de opinión. Creo que lo que más resquemor me producía era que mi madre no se hubiera casado con mi padre por razones de amor. Se me dio por pensar que lo hizo por romper la que entonces era una rotunda sentencia social: que una mujer viuda entrada en la treintena, inmiscuida en política y encima expulsada de la casa paterna por rebelde, solo debía guardar una vida de luto por los pecados que había cometido. (112)

Su madre es una mujer fuertemente estigmatizada por la sociedad: en primer lugar, no solo se rebela contra la autoridad patriarcal al elegir con quién casarse o qué carrera estudiar, sino que, a través de su relación con Rafael, toma partido por los intereses y las luchas de una clase social a la que, por nacimiento, no pertenece. En segundo lugar, el hecho de volver a casarse puede también considerarse como un desafío al orden patriarcal y una respuesta a la violencia política de la época. En el primer caso, se enfrenta a la norma social que estipula que una mujer de su condición no debe hacerlo: ello le brinda acceso a una nueva identidad social y vida conyugal, así como afectos y placeres —entre estos, el sexual y el reproductivo, pues es aún una mujer joven—. En el segundo caso, no debe olvidarse que las muertes, tanto la de Rafael como la de los dos hijos que Giralda aborta, se deben a la violencia

política: esas muertes son producto de la conmoción que ella sufre por los sucesivos encarcelamientos de su esposo (74 y 96) y pueden ser interpretadas, simbólicamente, como el aborto del proyecto de nación del cual es portadora la pareja y quienes los acompañan, una alegoría de la derrota de sus ideales. Históricamente, además, coinciden con la muerte del fundador del partido socialista en el Perú y la llegada al poder de la dictadura militar de Sánchez Cerro, quien será asesinado posteriormente, en el mismo año en que muere Rafael, en 1933<sup>25</sup>.

Giralda, además, solidariza con la situación de aquellas mujeres que sufren el maltrato y la explotación de otros hombres. Es el caso de Blanca, una joven mujer de origen arequipeño, obligada por Fermín-Ramón —personaje que encarna en la novela el estereotipo del villano y a quien Giralda conoce desde su infancia— a prostituirse, simulando atender una tienda de abarrotes de la cual él es dueño:

Al llegar a la puerta, no demoré en recordar que allí había estado yo en 1945, con mi madre y mi hermana, y que la mujer que atendía tras el mostrador de la tienda, y a la que Giralda abrazara con fuerza, era la que Horacio estaba señalando como fulana [prostituta]. A mí no se me hubiera ocurrido que esa tienda de abarrotes pudiera ser otra cosa, ni que la vendedora pudiera ser más que una mujer hermosa de generoso escote y mirada triste. Ahora la encontraba más delgada pero sus pechos lucían más provocativos, lo cual podía hacer perder de vista que su piel se había opacado a pesar del intenso carmesí con el que tenía pintada la boca.

Boquiabierto, me quedé contemplando a esa bella mujer, sin quererme creer que en verdad fuera una fulana. En ese momento, por una puerta lateral, apareció un hombre rechoncho y de bigote brillante que se nos quedó mirando con curiosidad.

---

25 La muerte de Rafael se produce en la cárcel en “el día central de las fiestas nacionales”, en un día de nieve. El sepelio aparece representado en otro cuadro de Panato que Mateo encuentra en casa de la abuela de Alicia, fotógrafa que registra la obra del pintor. En él, el ataúd que lleva el cadáver de Rafael está cubierto por una bandera comunista y la madre del narrador camina delante del féretro. En el cuadro se lee una inscripción: “Las Fiestas Patrias devoran sus hijos. Julio de 1933” (107).

-Si las criaturas tienen dinero para comprar la mercadería sabrosa que se ofrece en el depósito, entreguen primero el dinerito –nos espetó finalmente. (196)

A sus facetas de torturador y asesino, Fermín-Ramón agrega la del proxeneta. Como tal, evoca la vileza de los protagonistas de las novelas decimonónicas emparentadas con el melodrama<sup>26</sup>. Blanca, a su vez, encarna a la mujer víctima, seducida y engañada por él en su juventud (144), mujer a la cual “había hecho abandonar su casa, su familia, su tierra, todo para convertirla en una sombra” (221). Arrancada de su familia y desarraigada, Blanca, según el orden patriarcal, es una mujer incompleta, en la medida en que no se realiza como esposa ni como madre: explotada por un hombre que no la ama, se convierte en un objeto-mercancía. Perdida para ella toda posibilidad de formar un hogar, no alcanza la felicidad que puede brindarle el matrimonio: es una mujer condenada a satisfacer el deseo sexual de los hombres y su cuerpo es su única fuerza de trabajo<sup>27</sup>.

En la parte final de la novela, Giralda narra a su hijo Mateo cómo logra reducir a Fermín-Ramón (213-217) después de que este la viola. La escena se produce poco después de un terremoto —el 21 de mayo de 1950— que devasta parte de la ciudad. A raíz del evento, Giralda, quien aún conserva en su poder las llaves de la casa de sus padres que le entregara su madre antes de morir, decide cerciorarse del estado en que ha quedado la casa y se dirige a ella:

Durante años, mi madre había escondido su nostalgia por visitar la casa de su infancia, la casa que tantas improntas había dejado en su

---

26 El melodrama “se transforma en un texto dramático que conserva el fuerte tono sentimental de sus orígenes (...) Dirigidos a un público popular, estos dramas presentan unos personajes estereotipados, ejemplos de bondad o de malicia, que se enfrentan a situaciones extremas en las que la desgracia o la dicha sobreviven de manera fatal” (Estébanez Calderón 308). El vínculo de Fermín-Ramón con la novela decimonónica es confirmado al final de la novela: “Él retrocede unos pasos, se aferra a la pared, se le espanta la mirada. Yo empiezo a caminar calle abajo, rápido, quiero llegar pronto a mi casa, pero al alcanzar la esquina, vuelvo la vista atrás. Renqueando, el loco está huyendo en dirección contraria. Entonces recuerdo, y recuerdo, y recuerdo. Dicen que hay gente que enloquece de amor; *adolescente embebido por la literatura romántica del siglo XIX*, yo creí que la muerte repentina de la hermosa mujer [Blanca] a la que explotó y amó cargó con la cordura de ese miserable” (234, las cursivas son mías).

27 Según Lagarde y de los Ríos, “el concepto puta es una categoría de la cultura política patriarcal que sataniza el erotismo de las mujeres, y al hacerlo, consagra en la opresión a las mujeres eróticas” (560).

historia. Aquella casa podía desmoronarse en cualquier momento y desde el entierro de su madre, hacía veinticinco años, no había vuelto a pisarla. Ahora que ese mundo de adobe, piedra, tejas y balcones de madera podía derrumbarse para siempre quiso tocarla, pasear de nuevo por ella, caminar por sus patios, pasar sus dedos por sus paredes, adentrarse en el costurero de su madre aunque de sus muebles y de la disposición que tuvieran en 1925 no quedara nada. (208-209)

El inminente desmoronamiento de la “gran casa” es una metáfora de las transformaciones que ha sufrido la sociedad cusqueña: veinticinco años más tarde, los significados que le fueron asociados en el pasado —primero bajo la égida del abuelo y luego la del padre de Giralda— son ahora los del abandono y la ruina. En la escena siguiente, Giralda se encuentra nuevamente con Fermín-Ramón —quien también ha ingresado en la casa poco después de ella (211)— y es violentada y sometida por él, tal como sus propios padre y abuelo hicieron con muchas mujeres:

Cuando ese hombre empezó a entrar en mi cuerpo. Me reclamé que yo no era culpable de nada de lo que hubiera cometido mi padre o mi abuelo; yo había sido libre y había sido todo lo contrario de lo que fueron ellos y, además, tampoco tenía nada en común con el monstruo que estaba detrás de mí; por tanto, no podía dejar que su semen se mezclara conmigo. (215)

Giralda logra liberarse de su violador y lo golpea con una vasija de barro. Una vez que lo ata de pies y manos, va en busca de Blanca para ofrecerle la posibilidad de vengarse y liberarse de él para siempre:

¡Ay, hijo! Esa mujer, esa víctima, no alcancé a ver sus ojos cuando se encontraron con los de él, que estaban inflamados y enrojecidos, pero ya estaban semiabiertos. Al verla, movió la cabeza con un gesto de imposición con el que durante años la habría sometido. Pero ella nunca lo habría visto atado de pies y manos, y menos con la boca cerrada. Lo empezó a patear, insultándolo con groserías que yo jamás había escuchado en la boca de una mujer, ni de ningún hombre. Con lágrimas en los ojos, Blanca lo seguía pateando; él jadeaba, a ratos intentaba volver a domarla con la mirada, pero ella no se detenía. En un momento en que pareció cansarse, yo, hijo



mío, también empecé a patearlo con ganas. Hasta que empezó a botar sangre a través de la venda con la que le había cubierto la boca. Blanca iba a retomar su turno de patadas y tuve que contenerla. Ella cayó de rodillas sobre el suelo. Rompió en llanto. Yo la acurruqué en mi regazo, empecé a acariciarle la cabecita, a cantarle una ronda.

-Ya pasó, ya pasó, bebé, ya pasó. (220)

La violencia brutal de la escena puede interpretarse como una respuesta a los abusos cometidos por las dos figuras patriarcales contra las mujeres e indios, una violencia atávica que lleva a ambas mujeres a hacer justicia por sus propias manos. Giralda, asimismo, *maternaliza* a Blanca y juntas conciben la idea de quemar vivo a Fermín-Ramón. Finalmente, lo abandonan en el establo del tercer patio, despojado de la posibilidad de seguir perpetuando el ciclo de la violencia<sup>28</sup>: torturador y asesino del líder indígena Feliciano Cahuana y de los cuatro jóvenes en la explanada de Sacsayhuamán, acosador y violador de Giralda y explotador de Blanca, Fermín-Román es convertido en una figura espectral e inofensiva. Con ello, el desenlace de la novela propone una redención de las víctimas violentadas por las autoridades de la región y por los hacendados e individuos que sirven a sus intereses. Giralda, en ese sentido, lleva a cabo, al menos simbólicamente, la restitución de un orden moral heredado de la sociedad colonial. Asimismo, en tanto mujer, se libera del modelo de femineidad impuesto por la sociedad patriarcal y, metafóricamente, defiende el proyecto de una nación con un orden social más justo y democrático.

## Conclusiones

*La sangre, el polvo, la nieve* ofrece un fresco de la sociedad cusqueña desde la segunda mitad del siglo xix hasta mediados del xx; en ella se representa la “colonialidad del poder” (Quijano), es decir, un orden co-

---

28 Al final de la novela, Fermín-Ramón tiene la apariencia de un ciego loco y harapiento, una figura esperpéntica que incluso se espanta al reconocer el parecido del narrador con su madre, al pasar delante de la casa de los Loayza: “Y ahí está. A pocos metros de mí parece esa figura fantasmal. Las ropas raídas le cuelgan; la barba abigarrada, grasosa, cubre la mitad de su rostro; con una mano se apoya en un bastón, parece ciego, pero con dificultad y temor, también está mirando el interior de esa casa (...). Con trece años, ¿a quién me parezco? Él retrocede unos pasos, se aferra a la pared, se le espanta la mirada” (234).

lonial en que “las minorías dominantes ‘blancas’ controlaban estados independientes (...) [y] continuó por largo tiempo la colonial asociación entre la clasificación racial de los dominados y el control capitalista del trabajo y la producción” (243). Como señala Flores Galindo, en ese orden, los terratenientes, en alianza implícita con la clase alta costeña, se encargaban del control de la población mayoritaria india (226).

En el contexto de la novela, la familia, encabezada por el patriarca Giraldo Loayza, intenta asimilarse a las pocas familias cusqueñas pertenecientes a la clase más alta de la sociedad. Dentro de ese marco, el patriarcado opera como un mecanismo de control de la mujer, quien es asignada al espacio doméstico y a la función reproductiva y, en el caso de las más jóvenes, al modelo endogámico en que el matrimonio contribuye a afianzar las alianzas económicas entre las familias de la clase alta. Ya sea en colusión con las autoridades corruptas o los servidores de los intereses de los sectores más conservadores de la sociedad, los jefes de familia ejercen su poder despóticamente sobre los más débiles —mujeres e indios—, a través de todo tipo de violencia: sexual, física, psicológica.

En el caso de las mujeres, ese dominio se traduce en la cosificación y posesión de su cuerpo, y se desdobra de dos maneras: si la figura de la esposa es reducida a su rol reproductor —casos de Alejandrina y Sara—, la mujer que no alcanza el matrimonio es destinada a satisfacer el deseo sexual del hombre —Blanca—. En ese sentido, Giralda encarna el modelo alternativo de una mujer que se niega a reproducir el sometimiento y limitaciones que el patriarcado impone sobre ella: por oposición a la generación de su padre y de sus antepasados, ella y su esposo Rafael representan las aspiraciones de un proyecto de nación que propugna la reivindicación del indio —en confluencia con las ideas de los intelectuales indigenistas—, así como el derecho de la mujer a acceder a la educación y a una voz dentro del debate público. Este proyecto, sin embargo, se ve frustrado al cerrarse la década de los años veinte con la muerte del fundador del partido socialista, José Carlos Mariátegui, la llegada al poder del dictador Sánchez Cerro y, dentro de la ficción, la muerte de Rafael.

Dentro de la tradición narrativa peruana, *La sangre, el polvo, la nieve* se emparenta con *Aves sin nido* de Clorinda Matto, en la medida en que ambas novelas proponen un modelo de nación que, para

los respectivos periodos históricos en los que se desarrollan, postulan una transformación de la sociedad peruana en lo que se refiere a la participación e inserción del indio en ella, sin embargo, en el caso de la novela de Matto, según Cornejo Polar (1994), la autora “interpreta el conflicto en los Andes en términos éticos, educativos, administrativos y gubernamentales más que como una situación de base y contenido económico-social” (xiv). Asimismo, de acuerdo con Denegri, con la aparición del partido civil en 1871:

(...) los civilistas argumentaban que había que incorporar al indio a la economía del Perú moderno mediante políticas que exigiesen la liberación de su fuerza de trabajo, la posibilidad de que estos contribuyesen al programa cultural nacional ni siquiera se planteaba. La participación del indio en la vida nacional era contemplada en tanto esta implicara su sometimiento a la autoridad y a la cultura de la élite criolla. (138)

En ese marco, la familia “civilizadora” —los Marín— se convierte en instrumento idóneo para la aculturación del indio. En la novela de Pacheco, por el contrario, la situación es diametralmente opuesta, con la sola coincidencia de que el núcleo familiar —compuesto por Giralda y Rafael— opera como el germen de un cambio identificado con la propuesta del movimiento indigenista de reivindicación cultural y política del indio.

En términos de estrategias narrativas, también se pueden establecer ciertos paralelismos vinculados a las polarizaciones que caracterizan a las novelas decimonónicas y, en particular, al melodrama<sup>29</sup>. De acuerdo a las ideas de Brooks:

[se trata de] un sistema de resemantización que objeta un universo en cuyo tejido social se ha producido un desequilibrio ante el desplazamiento de los patrones tradicionales del orden moral. Es precisamente la figura del villano quien mejor representa este desequilibrio y sirve de contrapeso en el fundamental maniqueísmo que caracteriza al melodrama como género. (Susti, “Seré millones” 40-41)

---

29 Sobre el estudio de la imaginación melodramática, remito al clásico estudio de Brooks (1976).

El enfrentamiento ético entre el bien y el mal en la novela de Pacheco Medrano adopta una serie de dicotomías que tienden a esquematizar su desarrollo y hacer evidente la manipulación de sus elementos narrativos (personajes, acontecimientos, espacios, entre otros): (1) la oposición entre la “gran casa” y el hogar de Giralda y Rafael, dos espacios discursivos en los que se enfrentan el despotismo y abuso del patriarca sobre los más débiles —indios y mujeres— a los valores democráticos y progresistas que defienden los segundos; (2) el protagonismo de los “núcleos familiares” y su función como alegorías de la nación (Cornejo Polar) frente al aislamiento de aquellos personajes que han perdido todo lazo familiar y que, por ello, son marginados por la sociedad; (3) la polarización moral entre personajes que encarnan valores éticos radicalmente opuestos, ejemplificada en el enfrentamiento final de la novela entre Giralda y el villano Fermín-Ramón; (4) la transformación de Blanca, de mujer estigmatizada —por su oficio de prostituta— a su posterior liberación y redención gracias al heroísmo e influencia de Giralda; y (5) el antagonismo social y racial producto de la “colonialidad del poder” señalada por Quijano y que se traduce en la “inherente e inevitable conflictividad” de una sociedad que racialmente enfrenta a “blancos” e “indios”, a “explotadores” y “explotados”, a “explotadores” y “explotados”.

Esas esquematizaciones, sin embargo, no interfieren en el principal aporte de la novela de Pacheco Medrano, que consiste en visibilizar la posición de la mujer en una sociedad que se encontraba atravesando un proceso de transformación cultural en la época, así como el protagonismo que asumieron los intelectuales y jóvenes que se atrevieron a desafiar políticamente las estructuras de un orden social caduco.

## Referencias bibliográficas

Ariès, Philippe. *Centuries of Childhood. A Social History of Family Life*.

Traducción de Robert Baldick, Alfred A. Knopf, 1962.

Brooks, Peter. *The Melodramatic Imagination: Balzac, Henry James, Melodrama, and the Mode of Excess*. Yale UP, 1976.

Cárdenas Moreno, Mónica. “El mito de Antígona en *La voluntad del molle* (2006) de Karina Pacheco [sic]. Posibilidades de justicia transicional en la novela peruana actual.” *Justicia y paz en la novela de crímenes*. Editado por Gustavo Forero Quintero,

- Siglo del Hombre Editores, 2018, hal.archives-ouvertes.fr/hal-01694323.
- . “Filiación y memoria femenina en la novela peruana escrita por mujeres de la última década.” *La nueva novela latinoamericana sin límites*. Coordinado por L. Segas y F. Terrones, América sin Nombre, vol. 24, 2019, pp. 41-51.
- Cornejo Polar, Antonio. “*Aves sin nido* como alegoría nacional.” *Aves sin nido*. Notas por Efraín Kristal y Carlos García Bedoya. Cronología y bibliografía por E. Kristal, Biblioteca Ayacucho, 1994, pp. ix-xvii.
- De la Cadena, Marisol. *Indígenas mestizos. Raza y cultura en el Cusco*. Traducido por Monserrat Cañedo y Eloy Neyra, Instituto de Estudios Peruanos, 2004.
- Denegri, Francesca. *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*. Flora Tristán/IEP, 1996.
- Denegri, Francesca, y Luz Anaí Morales. “El campo literario femenino: veladas, novela lectoras.” *Historia de las literaturas en el Perú, vol. 3 De la Ilustración a la Modernidad (1780-1920)*. Dirigido por Raquel Chang-Rodríguez y Marcel Velázquez Castro, y coordinado por M. Velázquez Castro y F. Denegri, Fondo Editorial PUCP, Casa de la Literatura Peruana, Ministerio de Educación, pp. 157-190.
- Elmore, Peter. *Los muros invisibles. Lima y la modernidad en la novela del siglo xx*. Mosca Azul Editores/El Caballo Rojo Ediciones, 1993.
- Estébanez Calderón, Demetrio. *Breve diccionario de términos literarios*. Alianza, 2004.
- Flores Galindo, Alberto. “República sin ciudadanos.” *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*. Editorial Horizonte, 1994.
- Güich, José, y Susti, Alejandro. *Ciudades ocultas: Lima en el cuento peruano moderno*. Fondo Editorial Universidad de Lima, 2007.
- Lagarde y de los Ríos, Marcela. *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- Mannarelli, Mariemma. *La domesticación de las mujeres. Patriarcado y género en la historia peruana*. La Sinistra ensayos, 2018.
- Matto, Clorinda. “*Aves sin nido* como alegoría nacional.” *Aves sin nido*. Notas por Efraín Kristal y Carlos García Bedoya y cronología

- y bibliografía por E. Kristal, Biblioteca Ayacucho, 1994, pp. ix-xxvii.
- Pacheco Medrano, Karina. *La sangre, el polvo, la nieve*. Planeta, 2021.
- . *La voluntad del molle*. Fondo de Cultura Económica, 2016[2006].
- Prado Alvarado, Agustín. “El cuento peruano del siglo XXI tiene firma.” *Novísimas. Las narrativas latinoamericanas y españolas del siglo XXI*. Editado por Ana Gallego Cuiñas, Iberoamericana, Vervuert, 2021, pp. 177-193.
- Quijano, Alonso. “Colonialidad del poder y subjetividad en América Latina.” *Por la imaginación política. De la socialización a la descolonialidad del poder*. Compilado por D. Assis Clímaco, Sonimágenes del Perú, 2020, pp. 237-252.
- Reyes Tarazona, Roberto. *Lima. Narrativa, sociedad, espacio*. Universidad Ricardo Palma, 2019.
- Susti, Alejandro. *La ciudad sin límites. Lima en la narrativa peruana del siglo XX*. Fondo Editorial de la Universidad de Lima, 2021.
- . “Seré millones”. *Eva Perón: melodrama, cuerpo y simulacro*. Beatriz Viterbo, 2007.
- Valero Juan, Eva. *Lima en la tradición literaria del Perú. De la leyenda urbana a la disolución del mito*. Universitat de Lleida, 2003.